

---

### CAPÍTULO III.

Empiezan á enredarse los hilos de esta verdadera historia.

En efecto, la Marquesa estaba visible y Matusalem fué recibido por ella con esa exquisita familiaridad que distingúe á las mujeres de buen tono, porque el amigo de Miguel era en aquella casa, como ya hemos podido presumir, una persona de confianza. Su intimidad con la Marquesa habia servido por algun tiempo de pasto á las conversaciones, dando ocasion á várias disputas. Las mujeres sostenian que el capricho de la Marquesa era una extravagancia de malísimo gusto, y los hombres á su vez afirmaban que semejante capricho no existia.

No se extrañará que ellas insistieran en su tema, porque de ese modo se defendian de

la Marquesa, que solía humillarlas con su lujo, con su hermosura y con su talento, y en cuanto á ellos, aunque parezca raro que tomáran tanto calor en la defensa de una mujer, téngase en cuenta que se defendían á sí mismos, porque realmente los humillaba la Marquesa, prefiriendo entre todos á Matusalem.

Verdaderamente no era el decoro de tan bella dama lo que se discutía en estas disputas; se trataba simplemente de su buen gusto, que era lo importante; mas de cualquier modo, el nombre de la Marquesa y el nombre de Matusalem rodaban juntos por las más ricas alfombras de los más suntuosos salones.

No se le ocultaron á la Marquesa estas murmuraciones, pues aunque no llegaron nunca á sus oídos, comprendió fácilmente que sus preferencias por Matusalem habían de dar ocasión á ellas, pero les hizo frente con tan invencible indiferencia, que poco á poco se fueron disipando.

Por lo que hace al amigo del *corrector de pruebas*, gozaba de su gloria con suma dis-

creción, como si fuera tan frágil que pudiera romperse al más pequeño choque. Parecía asustado de su propio triunfo y huía de aquellos obsequios y de aquellas distinciones con que, digámoslo así, la Marquesa lo perseguía..... sin ningún género de reserva.

Dos respuestas de la Marquesa dadas en distintas ocasiones se comentaban á la sazón. Un día que se hallaban reunidos en su casa á la hora de comer varios personajes, su hermano, algo impaciente, le dijo:

—Luisa..... ¿pido la comida?..... Ya es la hora y estamos todos.

—Espera, replicó ella; falta Alejandro.

—No sé, exclamó el hermano, por qué prefieres de ese modo á Matusalem.

Entonces ella le contestó:

—¿Qué quieres?..... no he encontrado otro.

A los pocos días, hallándose rodeada de un círculo de adoradores que admiraban la gracia con que había prendido á sus cabellos una flor, dijo:

—Esta rosa es un obsequio de Alejandro.

—¡Oh!..... exclamó un general de salón, que formaba parte del corro, el señor Ma-

tusalem es envidiable; siempre está en los labios de la Marquesa.

—Mi general, no lo extrañe V., contestó ella, porque Matusalem es mi bandera de guerra.

Ambas respuestas se comentaban de diverso modo, y las mujeres sacaban de ellas un gran partido, incitando el ánimo de los hombres contra aquella mujer extravagante.

—«No ha encontrado otro», decían unas... lo cual significa que todos ustedes valen menos que Matusalem.

—Justo, añadían otras; «es su bandera de guerra», esto es, su cartel de desafío.

—Contra ustedes, replicaban ellos.

—¡Contra nosotras!.....

—Sin duda.

—¿Y quién ha de ir á disputarle los obsequios de ese hombre?

—No faltarian.

—Imposible.

—¿Imposible?..... Vamos, desde que Matusalem es preferido por la Marquesa..... tiene más partido entre las mujeres. Esto es evidente.

—Es simplemente objeto de curiosidad.

—Es lo mismo.

—¡Lo mismo!

—Ustedes dirán: ¿qué hay en este hombre que ha conseguido fijar la atención de la Marquesa?..... ¿Poseerá alguna fortuna desconocida, fabulosa, inverosímil?..... ¿Le habrá sorprendido á ella algun secreto que la obligue á someterse?..... ¿Estará realmente enamorada de un hombre semejante?..... De cualquier modo que sea, en ese hombre se encierra algo que es preciso averiguar, que es preciso saber, y á estas fechas más de cuatro se han propuesto la conquista de Matusalem; quiero decir, la conquista de su secreto.

La primera vez que oyeron tan inesperada réplica, se quedaron pensativas, calculando cuáles podían ser las que se habrían propuesto llevar á cabo aquella empresa.

Ello es que la Marquesa por medio de Matusalem tenía revuelta á la buena sociedad. ¿Se divertía de ese modo?..... Áun no debemos saberlo, y no es de suma urgencia adivinarlo.

Musalem penetró hasta el último rincón de la casa, hasta la perfumada habitación conocida entre la servidumbre de la Marquesa con el título de «el gabinete reservado de la señora», especie de templo escondido y solitario, donde á la vez se rendían tres cultos distintos. Sobre una de las cuatro paredes, colocadas en sus perchas de caoba maciza, se veían tres escopetas: una belga, otra inglesa, otra vizcaína, de cañones cincelados, de cajas bordadas, de elegante forma, y encima elevaba sus enramados cuernos hasta el techo una cabeza de venado perfectamente disecada, cuyos ojos inmóviles brillaban como si estuvieran vivos.

Enfrente se abría un escritorio de palo santo, sobre el cual había papeles y libros, acompañado de dos pequeños estantes con molduras doradas, y que por el color y el dibujo de la madera debían ser de cedro.

En medio de la habitación, interpuesto entre las armas y las letras, entre la armería y el escritorio, se alzaba un precioso costurero de ébano con incrustaciones de marfil, sobre el que descansaba toda una primavera

de ramos á medio tejer, de rosas á medio hacer, de espigas á medio brotar.

Podían vivir allí á un mismo tiempo tres divinidades: Diana, Minerva y Ceres, y si queremos descender del Olimpo y bajar á la tierra, dejando á los dioses por los simples mortales, dirémos que en esa estancia, cuya triple fisonomía hemos apuntado, podían vivir á la vez una amazona, una literata y una florista; de lo cual justo será inferir que la Marquesa había de ser las tres cosas; aquellas armas, aquellos libros y aquellas flores descubrían su inclinación á la caza, al estudio y á las labores delicadas; su gabinete reservado podía ser á la vez el cuarto de un filósofo, la antesala de un cazador y la celda de una monja.

En honor de la verdad, cuando Musalem penetró en la estancia, la bella Marquesa ni cazaba, ni leía, ni hacía flores, porque sumergida en el voluptuoso abismo formado por los dobles almohadones de una rica otomana, parecía embebida en la ardua tarea de no hacer absolutamente nada.

Nuestro hombre entró con el cuerpo en-

corvado por el peso del saludo que iba á dejar caer á los piés, preciosos por cierto, de la hermosa dama.

Ella lo miró apénas, y señalándole con la mano el asiento más lejano al suyo, le dijo:

—Amigo mio, si no trae V. esta mañana alguna novedad con que distraerme, le aseguro que voy á concluir por aburrirme.

—Casualmente, divina Marquesa, exclamó Matusalem, hoy.....

No pudo continuar, porque ella lo interrumpió, diciendo:

—Ante todo, hoy no quiero ser divina, ni hermosa, ni bella, ni amable, ni siquiera querida Marquesa. Dígame V. Marquesa á secas.

Matusalem se inclinó cortésmente mientras ella añadía:

—Vamos, ¿hoy qué?.....

—Hoy traigo una verdadera novedad.

—¿De qué género?

—De un género enteramente nuevo.

—Quiero acertarla.

—Es muy difícil.

—Por eso.

—Pregunte V.

—Pregunto: ¿qué vela llevo yo en este entierro?

—La pregunta va derecha al asunto, pues aunque no se trata de un entierro, viene á ser lo mismo, porque se trata de una resurreccion.

—Pero bien, ¿represento yo algun papel en ese milagro.

—El principal.

—¿Es decir, que yo resucito?

—Sí y no.

—¿Cómo es eso?

—Usted no resucita, eso es claro; pero indudablemente V. es la que resucita.

—Ya lo entiendo; yo soy la que hago resucitar.

—Eso mismo.

—No es posible volver á la vida sin haber salido ántes de ella.

—Así parece.

—Luego aquí habia un muerto que ha vuelto á la vida.

—Eso es.

—¡Bah!..... dijo la Marquesa con aire

de fastidio; ya estoy al cabo de la calle.

—Lo dudo, replicó Matusalem.

—Veamos.

—Veamos.

—Salazar está muerto por mí y anda hecho una sombra.

—Cierto.

—Anoche lo traté muy amablemente.

—Es verdad.

—Y el hombre se animó.

—Todos lo notamos.

—Al despedirse me oprimió la mano y me dijo: «Marquesa, me ha vuelto V. á la vida..... ¿No es éste el milagro?»

—No señora. Eso no es nuevo, ni original, ni extraordinario; se trata de una verdadera resurreccion, de haber hecho salir del sepulcro á un cadáver, de haber vuelto al mundo á un muerto, real y verdaderamente muerto.

—Debe ser muy curioso el caso, dijo la Marquesa, hundiéndose más entre los cojines de la otomana, y entornando los ojos como si quisiera ver mejor algo que debía tener en el pensamiento.

—Muy curioso es, añadió Matusalem.

—¿Y quién le ha contado á V. eso?

—Nadie. A mí no me gusta que me cuenten las cosas, y ésta la he visto yo con mis propios ojos; lo he visto muerto, más aún, sepultado..... y calcule V. cuál sería mi asombro cuando ayer..... ayer mismo, me lo encontré vivo. Usted lo ha vuelto á la vida, al mundo, y me ha quitado de encima un peso enorme.

Matusalem obtuvo por toda respuesta un bostezo encantador.

—Imagínese V., continuó, que me veía perseguido por un hombre implacable, especie de sombra que se me aparecía siempre en los sitios más públicos, y cuya sola presencia me aterraba. Yo creo que se había sepultado en el sepulcro de la miseria sólo por perseguirme, que se había muerto sólo por no dejarme vivir.

—La Marquesa miró un momento á su interlocutor con los ojos más hermosos del mundo, pero con una mirada tan poco halagüeña, que Matusalem se quedó cortado, y ella dijo:

—Vaya, hoy está V. muy poco amable y lo veo en camino de llenarme los oídos de tonterías.

—Señora, exclamó; al más estirado le doy la persecucion de que yo he sido víctima y de la que V. acaba de librarme, volviendo á ese hombre á un mundo, al cual ya no pertenecía. Ahora ya es otra cosa; si insiste en perseguirme lucharémos.

¿Pero qué hombre es ése? ¿de qué hombre habla V.? preguntó la Marquesa con impaciencia.

—Del hombre más extravagante que hay bajo la capa del cielo. Y que entre todos los mortales me ha elegido á mí para blanco de sus burlas feroces. De un hombre, que no puede ver mi sombrero sin hacerlo saltar sobre mi cabeza, porque se complace en verlo rodar por el arroyo..... De un hombre, que donde quiera que me encuentra, me abraza, me estruja..... me ahoga haciéndome objeto de la risa de los circunstantes..... De un hombre, que si me ve subir á un coche, grita: «Eh, chico, al saladero.....» De un hombre cubierto de harapos, que me coge en el *Prao*,

se cuelga de mi brazo y me pasea de un extremo á otro con una arrogancia que me llena de vergüenza..... De un hombre, que me espera alevosamente á la puerta de la embajada francesa, donde averigua que como los mártes..... Mártes; dia aciago.—Me tiende su mano tiznada de intento, yo la estrecho contra mi guante blanco como la nieve. Me hace mil protestas de su formalidad sacudiendo mi brazo con efusion cariñosa y me deja en paz. Subo, dejo en la antesala mi abrigo y penetro en el salon donde se hallan reunidos los convidados, y observo que me miran con particular atencion y que cuchichean unos con otros. Creo que causo efecto y atravieso triunfante; pero entónces las miradas y los cuchicheos se convierten en risas mal comprimidas que estallan á mi espalda. Llego hasta la señora de la casa, va á recibir mi saludo tendiéndome la mano, pero la retira de pronto, me mira un instante y suelta la carcajada. ¿Qué es esto? me pregunto asombrado, y al tender la vista á mi alrededor buscando la explicacion de semejante grosería, tropiezo con un espejo y veo

mi cara..... ¡Mi cara tiznada precisamente en la punta de la nariz! Acudo instintivamente con la mano y el tizne se extiende por mis mejillas. ¡Qué horror!..... Los convidados revientan de risa y yo reviento de cólera..... Miro al fin mi mano, veo el guante ennegrecido y lo comprendo todo. «Señores, dije con gran presencia de espíritu: he sido víctima de una broma de malísimo gusto, que vengaré dignamente.» Con este arranque conquisté la compasión de los circunstantes, que me dieron todo género de excusas, sin dejar por eso de reírse.

Mientras Matusalem hablaba, la Marquesa habia ido saliendo poco á poco del fondo de su otomana azul de cielo, sembrada de pequeñas flores blancas, y con su cuello de cisne y sus hombros redondos, parecia la imágen de Vénus saliendo de la espuma del mar.

Este movimiento advirtió á Matusalem que era escuchado atentamente, y que cuando ménos, la hermosa Marquesa se distraía oyéndole; así es que, satisfecho por el éxito alcanzado, prosiguió diciendo :

—Ésas son sus hazañas; de esa manera me persigue como un espectro.

—¡Qué hombre! exclamó la Marquesa.

—No diga V. hombre, señora; no es hombre; es un miserable cubierto de harapos, que se burla de todo; de la hermosura, de la juventud, de la sociedad, del cielo y de la tierra; en fin, se burla hasta del dinero..... Podia ser rico y no quiere serlo; es hermoso y va hecho un demonio; es jóven y todo lo que lleva encima es horriblemente viejo. Tiene talento y es imbécil..... No es hombre, es un cadáver insepulto.

La Marquesa colocó el codo sobre la rodilla, y escondiendo la barba en el hueco de la mano, dijo :

—¡Oh! me interesa ese hombre.

—¡Es posible! exclamó Matusalem asombrado.

—Sí, replicó. Me interesa, me interesa mucho.

—No comprendo qué interes puede inspirar un hombre que no se sabe de qué vive, cómo vive, ni por qué vive.

—Precisamente eso lo hace más interesante.

..



—Pero, señora, si es un perdulario.

—A lo ménos, insistió la Marquesa, no lo oculta.

—Yo lo conocí siendo estudiante; entón-ces era otra ccsa..... Le hice muchos favo-res..... lo saqué de muchos apuros que me ha pagado despues con la más negra ingra-titud..... Sus amigos..... ya no los tiene..... porque todos le huyen. En fin, sus padres le han abandonado.

—¡Abandonado!

—Sí señora.

—¡Cómo!.....

—Figúrese V., como que han muerto.

—¿Y no tiene hermanos?.....

—¡Hermanos!..... ¿Y quién habia de ser hermano de semejante hombre?

—¿Y parientes?

—Ni uno.

—Pero entendámonos, dijo la Marquesa, ¿es ése el hombre á quien yo he vuelto á la vida?

—Ese mismo.

—¿Dónde?..... ¿Cuándo?..... ¿Cómo?

—¿Dónde?..... en la calle del Príncipe.

¿Cuándo? hace quince dias..... ¿Cómo? dán-dole una limosna.

La Marquesa se puso de pié, diciendo :

—Lo recuerdo perfectamente..... Tenía el sombrero en la mano dejando ver una her-mosa cabeza. ¿Es ése?

—Ése.

—¡Qué casualidad!.....

Esta exclamacion se la hizo la Marquesa á sí misma, y Matusalem dijo :

—Acababa de jugar me una de las tuyas haciéndome rodar por el lodo, y V. me pro-porcionó la ocasion de vengarme, porque V. es el ángel.....

La Marquesa lo interrumpió, diciendo :

—Caballero, hemos convenido muy for-malmente en que hoy no he de ser más que una pobre mujer.

—Bueno, pero el caso es que V. fué para mí un rayo de luz, que iluminó mis ojos, y vi el cielo abierto.

—Corriente; pase el rayo de luz por esta vez; pero en cuanto al cielo abierto, dudo que V. vea nunca semejante cosa.

—Lo estoy viendo en este instante.